

Matar niños

GONZALO UGIDOS

Mire usted: A los muertos es fácil clasificarlos. Están los que salen en los periódicos y los que se quedan por salir. Dentro de la primera categoría aún puede discriminarse entre supuestos múltiples, que aun dejando inexhausta la sinopsis, reduciremos a los que merecen publicidad por razones de su vida y a los que se hacen acreedores a ella por circunstancias de su muerte. Salta a la vista del más miope de los redactores jefes que al muerto que hizo acopio en vida de fama y lustre para su nombre es ocioso pedirle mayores méritos posteriores (del tipo de hacer de su óbito un acto de virtuosismo, por ejemplo) para reservarle una llamada en primera página y un espacio proporcionado en interiores. Muy por el contrario, cuando la muerte de Juan Cualquiera merece la atención de los periódicos puede uno apostar que estamos ante una muerte que, aureolada por las circunstancias, reivindica notoriedad para el difunto que se vuelve importante no tanto por sí mismo cuanto por la forma que tuvo de apearse del mundo. Cuando la muerte de Juan Cualquiera se convierte en noticia es casi seguro que nos encontramos ante un héroe o un mártir de ultimísima hora: una víctima de un crimen misterioso, un altruista que se arrojó al río para salvar a una niña y perdió la vida en el empeño, un suicida que diseñó su voluntario dejar de ser como un conmovedor aullido desgarrado de acusaciones contra el Todo...

También a los suicidas es fácil clasificarlos: A unos los mata la lucidez y a otros la lógica impenetrable. A Juan Belmonte, Pavese, Marilyn Monroe, Hemingway, Séneca, Alfonsina Storni, Violeta Parra o Arthur Koestler los eliminó lo que Camus llamó el único problema filosófico que merece serlo: el enigma existencial que se vuelve convicción de que hay que elegir el momento de la cita con Caronte: el síndrome del *lobo estepario*. El suicidio, en esos casos es un acertado diagnóstico *post exfacto*. En otros casos, la etiqueta, mal que le pese al forense, es un exculpatorio abuso del lenguaje, una mentira piadosa, un pudoroso sudario con el que tapar culpas que nos salpican a todos en tanto que partes alícuotas del Todo.

Cuando un niño se tumba sobre los raíles del tren y espera que el convoy lo despedace, detrás del gesto es difícil encontrar materia para un ensayo sobre la náusea existencial. Muy probablemente detrás de ese gesto contundente y definitivo sólo se encuentren mezquinas motivaciones de filiación sociológica: una biografía predeterminada por jodidas circunstancias que bien pudieron no estar allí, pero que alguien, quizá todos a una, puso alrededor del niño como una invitación compulsiva a aborrecer la vida. Ya saben los juristas que quien es causa de la causa es causa del mal causado. Cuando un niño, que acaba de inaugurar su conciencia de la muerte elige la muerte no hay suicidio (que es un concepto que desafía a la metafísica) hay sólo un asesinato inducido por la imprudencia de los que diseñamos el mundo nuestro de cada día.

A lo largo de 1979 (Año Internacional del Niño, usted se acuerda) se suicidaron en Alemania 500 niños y adolescentes. Y otros tantos en Inglaterra y en varios países europeos. «Algo marcha mal» (cantan *Los Pistones*) porque algunos especialistas sostienen que las cifras de intentos de suicidio son 100 -cien- veces superior a las registradas. Hay en el norte de Europa unos pequeños roedores, los lemmings, que en ciertas épocas del año se dirigen hacia el mar guiados por una llamada misteriosa o por su sentido de la historia, sufren el ataque de animales carnívoros y de aves de presa, que los matan a millares, prosiguen su marcha a pesar de todo y, al alcanzar su objetivo, se despeñan en el mar y se ahogan. Nadie sabe bien por qué lo hacen. Algo más se sabe de por qué son legión los niños que hacen lo mismo. Algunos psiquiatras encontrarán en la personalidad del niño suicida alteraciones que

expliquen su fatal decisión. Otros menos acomodaticios dirían, sin embargo, que la alteración psiquiátrica detectada en el momento del suicidio responderá más a una descompensación psicológica motivada por las causas desencadenantes que a una personalidad patológica. Las causas desencadenantes pueden ser muchas, pero una sola a fin de cuentas: la que le llevó a escribir a Henry Miller esta plegaria: «Dios mío, si yo tuviera que enfrentar un mundo como el que hemos creado creo que me pegaría un tiro.» Todas las utopías, los proyectos para crear una Arcadia feliz han venido a dar en un buen montón de mierda que irradia su fetidez a la familia, a la calle y a la escuela.

Ojo con la escuela. Los reproches, las presiones, la competitividad, las ofrendas impúdicas al Moloch del éxito a toda costa alimentan cada vez más un mayor número de crisis profundas entre los niños. Un diez por cien de las urgencias psiquiátricas se atribuyen al rechazo escolar. Es en la escuela donde el niño debe responder a las mayores exigencias paternas que casi nunca se corresponden con la seguridad afectiva que los padres proporcionan. Las amenazas y castigos del *padre padrone* se vuelven a la postre más angustiosas que la huida. Y a veces sólo se saca el billete de ida. Un suspenso en matemáticas o lenguaje es siempre una banalidad, en el peor de los casos una contrariedad de menor cuantía. Si alguien se empeña en convertirlo en el germen de una tragedia deberían meterlo en una jaula e impedir que se acerque a los niños. Los ogros, como los Reyes Magos, también suelen ser los padres.

Cuando un niño se suicida los periódicos se ocupan de él, los redactores jefes siempre tuvieron debilidad por los mártires. De los verdugos no puede hablarse, son tabú, llevan la cara encapuchada o se confunden dolosamente entre el conejo abierto de Fuenteovejuna.

Herodes es uno de los nombres de nuestro sistema social.